

APUNTES SOBRE LA TOLERANCIA

Luis Muñoz Oliveira

Con muchas palabras sucede que tienen acepciones en el habla cotidiana que son distintas a las del discurso filosófico (y no sólo del filosófico). Por ejemplo, cuando las personas dicen que algo es “trascendental” se refieren a que es muy importante, no están pensando en Kant. Lo mismo pasa con “filosofía”, la gente la usa para hablar de la forma en la que alguien ve el mundo: “es su filosofía”. Mientras tanto, los filósofos escriben libros y libros para tratar de definir su disciplina y no terminan de alcanzar un consenso, quizá es imposible.

El concepto de “tolerancia” no es la excepción, se usa, entre otros, en los discursos cotidianos, en los discursos religiosos y en los discursos políticos. Generalmente quiere decir “soportar”. Sin embargo, desde la filosofía moral tiene un sentido más rico. Aquí plasmaré unos cuantos apuntes sobre el concepto de “tolerancia” moral para intentar comunicarlo desde su dimensión filosófica.


Comenzaré con una definición: la tolerancia es aceptar conductas e ideas que no tenemos buenas razones para rechazar, pero que creemos equivocadas o incluso molestas. No tiene sentido decir que toleramos aquello con lo que estamos de acuerdo. Toleramos lo que nos molesta o incomoda, pero con lo que mantenemos, en palabras del filósofo alemán Jürgen Habermas, un “disenso racional persistente”, un desacuerdo que no podemos solucionar con razones. Tolerar, justo porque implica aceptar lo que nos desagrada, es difícil. Déjeme dar un ejemplo llano: los defensores de la Santísima Trinidad y aquellos que defienden la Unicidad de Dios no pueden mantener más que un disenso racional, pues no hay forma de mostrar el error del oponente; así, la tolerancia se impone como una obligación. Por otro lado, un racista carece de buenas razones para sustentar sus dichos y sus conductas racistas. Por ello no debemos tolerarlo, en realidad, en dicho caso, se impone como deber la intolerancia.

La anterior es la llamada paradoja de la tolerancia: la tolerancia es intolerante. Y no es una contradicción, sucede que no todo es tolerable, que hay conductas inaceptables y en ese sentido intolerables. Quien es tolerante sabe que la tolerancia tiene límites y que estos se trazan con razones. Lo anterior quiere decir que hay ideas y conductas que tenemos buenas razones para defender y otras que tenemos buenas razones para no aceptar. Doy dos ejemplos más: pensemos en los derechos de los homosexuales y en matar inocentes. Tenemos buenas razones para defender los primeros, a la vez que tenemos buenas razones para no tolerar (ser intolerantes con) el asesinato.

Así pues, ser tolerante no permite aceptarlo todo, y es principalmente por esto que se distingue claramente de la

indiferencia, que sí lo permite. Pese a esta distinción, muchas personas confunden ser tolerante con ser indiferente. En realidad, podemos llamar a la indiferencia, siguiendo al filósofo navarro Aurelio Arteta, “falsa tolerancia”. El concepto de “tolerancia” sólo tiene sentido si dividimos lo tolerable de lo intolerable, sin dicha división, no nombra nada. La indiferencia es profundamente dañina pues, entre otras cosas, solapa conductas terribles. Por ejemplo, el indiferente no se levanta contra el racismo ni contra la explotación. Tampoco contra el machismo ni la xenofobia. Y lo que es peor, siente que al permitirlo todo está siendo moralmente correcto, se piensa virtuoso.

La tolerancia es una virtud moral y, en ese sentido, hemos de entenderla como cierta disposición del carácter que se aprende y desarrolla a lo largo de la vida: no nacemos tolerantes. Dada la gran cantidad de intolerancia dañina que hay en nuestras sociedades (desprecio a homosexuales e indígenas, a judíos o a evangélicos, de la izquierda a la derecha y viceversa) debemos hacer un esfuerzo por desarrollar dicha virtud para así tratar de desterrar el daño injustificado de las relaciones humanas. Si no adoleciéramos de intolerancia, la tolerancia no tendría lugar en nuestras aspiraciones como buenos ciudadanos. Así, podemos entenderla como una virtud transitoria que nos sirve para dejar atrás el daño. Ahora, sin duda es posible imaginarnos un mundo sin intolerancia, pero realizarlo es otra cosa. Mientras perdure el daño que causa la intolerancia, en las circunstancias adecuadas, la tolerancia seguirá siendo un requerimiento moral. También es bueno apuntar que la tolerancia no es una virtud específica del liberalismo político. De hecho, la podemos encontrar en otras latitudes y tiempos: los romanos eran tolerantes de las diferencias y el emperador mogol Akbar también impulsó una política de tolerancia religiosa en la India.

Para terminar haré esta pregunta retórica: ¿en qué sentido es importante la tolerancia en América Latina? Daré una respuesta obvia: en enero se volvió a sugerir en el corazón de la CELAC una mayor integración de los países de nuestra América. No tengo duda de que una integración profunda, dada nuestra gran pluralidad étnica, política, religiosa y el disenso racional persistente que nos enfrenta, es imposible si no somos tolerantes en el sentido moral. Entre los muchos caminos que debemos recorrer en pos de la integración, el de la tolerancia es indispensable. 

Luis Muñoz Oliveira (Ciudad de México, 1976). Filósofo mexicano, doctor en Filosofía por la Universitat Autònoma de Barcelona. Imparte clases de ética y de filosofía política tanto en la licenciatura como en el posgrado de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Es investigador asociado C del CIALC desde 2013. Su tema central de investigación es la posibilidad de la justicia frente a la diversidad cultural.